



He resucitado y aún estoy contigo

«**F**iesta de fiestas, solemnidad de solemnidades, eclipsa todas las que se celebran en honor de Cristo, como el sol eclipsa las estrellas», comenta san Gregorio de Nacianceno, gozoso y asombrado, refiriéndose al Domingo de Resurrección. La noche santa, en la que la Iglesia orante veló en espera del triunfo de Jesús, preparó y desembocó en la mañana luminosa de la Pascua.

En este día y en esta fiesta se canta, con renovada alegría, al «Cordero que quita el pecado del mundo». Se durmió en la cruz, no sin antes poner en los brazos del Padre su espíritu. «*Levantándose del sepulcro*», dice el bello himno atribuido a Nicetas de Remesiana (+410) «**Ad cenam Agni pròvidi**» para las vísperas del Domingo de Resurrección, así lo celebra y sus primeras palabras las dirige al Padre para decirle: «**He resucitado y aún estoy contigo, aleluya; me cubres con tu mano, aleluya; tu sabiduría es sublime, aleluya, aleluya**». Se despierta al tercer día y se descubre en los brazos cargados de ternura del Padre que, sobre él, ha puesto su mano. La muerte no los ha podido separar. Es la misma experiencia que tendrá san Pablo y que recogerá en su carta a los Romanos (8, 39) cuando afirmará que «*nada podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor*».

Sabiduría sublime

Frente a la pregunta que Dios hizo en el paraíso al primer hombre, ¿dónde estás?, el nuevo Adán responde diciendo «**estoy contigo**». El sacrificio de una vida entregada como un gesto de amor y reconocimiento ha sido aceptado. Es el último paso de la pedagogía iniciada por los profetas, a fin de llevar al pueblo de Dios a la comprensión de lo que ha de ser una inmolación, una ofrenda: el servicio generoso realizado en favor de los otros.

Cristo-Jesús, con su muerte en la cruz, realiza el ideal anunciado en los Cantos del Siervo que se incluyen en el segundo Isaías: ofrecer la vida para que otros vivan. Ciertamente, como afirma la antífona de entrada de esta solemnidad, todo ha sido fruto de una sabiduría sublime. Evidentemente, «*Este es el día en que actuó el Señor*» (sl. 117). En él se inaugura una nueva alianza entre Dios y los hombres basada en una respuesta de amor a quien nos amó primero.



La primera fue María Magdalena, que, en esa hora, entre la oscuridad y la luz, entre la noche y el día, cuando las cosas no se ven, pero el corazón lo compensa, va sola al sepulcro, y no tiene miedo. Como la novia del Cántico: «*toda la noche busco al amado de mi corazón*» Ct 3, 1-2. El amanecer de la Pascua está

lleno de aquellos que han tenido la experiencia más fuerte del amor de Jesús. Esta mujer es la figura típica del discípulo: estaba al pie de la cruz, bajo el árbol donde el Esposo la despertó (Cant 8,5b), es la Esposa conquistada por el amor infinito de aquel que ahora busca ahora dónde lo han colocado: en el sepulcro; allí había sido puesto Jesús, el Esposo (19,42).

La piedra había sido removida del sepulcro. El verbo «*quitar*» nos remite a Jn 1,29: el Bautista indica a Jesús como «*el Cordero que quita el pecado del mundo*». Esta piedra «*removida*», arrojada fuera del sepulcro, es el signo material de que la muerte y el pecado han sido «*quitados*» por la resurrección de Jesús.

A diferencia de Lázaro (11,44), Jesús resucitó de entre los muertos, abandonando por completo sus vestiduras funerarias: los comentaristas antiguos señalan que, de hecho, Lázaro tuvo que usar esas vendas para su entierro final, mientras que Jesús ya no las necesitaba, ya no tenía que morir nunca más (cf. Rm 6,9). Por lo tanto, el sepulcro se ha convertido en el lecho nupcial preparado por el Esposo para cualquiera que entre en él: todos, tarde o temprano. Sin embargo, no encontramos el poder de la muerte, sino la comunión perfecta con el Señor de la vida: nuestra limitación, la muerte, se convierte en comunión con el Amado, que hace que brote del corazón el «**aleluya**» agradecido.





Un salmo para rumiar

Sal 117, 1-2. 16ab.17. 22-23

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.
**La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa.
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.**

El Salmo 118/117 tiene un contexto histórico y litúrgico significativo dentro de la tradición judía y cristiana. Es parte del grupo de salmos conocido como el "Hallel" (Salmos 113-118), que se recitaba durante festividades importantes como la Pascua y la Fiesta de los Tabernáculos. Este salmo, en particular, celebra la fidelidad de Dios y su intervención salvadora en momentos de dificultad.

Algunos estudiosos sugieren que este salmo podría haber sido compuesto por el rey David, posiblemente en un momento de victoria o liberación, como cuando fue proclamado rey tras la muerte de Saúl. En este contexto, el salmo refleja gratitud por la protección divina y la restauración de la paz después de años de persecución.

El simbolismo profético del Salmo 117/118 en la tradición cristiana es profundo y conecta directamente con la figura de Cristo y su misión redentora. Aquí hay algunos aspectos clave de su simbolismo que podrían interesarte:

1. Uno de los símbolos más importantes del salmo es la frase "*La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular*" (Salmo 117:22). En el Nuevo Testamento, Jesús aplica esta frase a sí mismo en varias ocasiones (por ejemplo, Mateo 21:42), indicando que Él, rechazado por los líderes religiosos de su tiempo, se convertiría en el fundamento de la salvación para toda la humanidad.

2. Este salmo celebra la intervención salvadora de Dios y su poder para rescatar a su pueblo. Los cristianos ven en esto una profecía de la victoria definitiva lograda por Cristo en su muerte y resurrección, marcando el inicio de una nueva alianza entre Dios y la humanidad.

3. La frase "*Este es el día que hizo el Señor*" se interpreta como el cumplimiento de la promesa divina a través de la resurrección de Jesús. Para los cristianos, este evento marcó el día más significativo de la historia, el día en que se selló la victoria sobre la muerte y el pecado.

4. A lo largo del salmo, se repite la afirmación de que "*su misericordia es eterna*". Esto resuena con el mensaje central del Evangelio, donde el amor y la gracia de Dios son constantes e inquebrantables.



En la fuente de agua viva

**Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis**

PASCUA DE RESURRECCIÓN "C"
Un texto para guardar en la memoria del corazón

Hechos de los apóstoles 10, 3-4a. 37-43

Pedro tomó la palabra y dijo: Dios lo resucitó al tercer día... todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados».



Juan 20, 1-9

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro... Llegó... Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.